

PRELIMINARES DE CERRO GORDO

La capitulación de Veracruz se supo en México el 30 de Marzo, produciendo una crisis de desesperación y cólera en el ánimo del general Santa Ana que había tomado el mando político de la República después de su llegada de San Luis Potosí. Y hasta entonces en la sociedad de México principió á experimentarse el sentimiento amargo y desconsolador de la funesta realidad. ¡ El enemigo estaba á las puertas de la orgullosa Capital!

Cierto que las nuevas de los primeros desastres habían producido en ella un gran estupor, convenciendo de que el invasor del Norte, antes tan despreciado por la supuesta insignificancia de su ejército, era demasiado potente y resuelto, unido y sólido; mas aun después de las últimas derrotas que trajeron tan amargos desengaños, flotaba en el espíritu público la creencia de que el americano jamás podría llegar á internarse vencedor hasta el corazón del país.

Pero Veracruz había caído; su plaza había capitulado y el enemigo triunfante se preparaba gravemente,

tomando todas las precauciones estratégicas y administrativas que dictaba á su engreído y orgulloso ejército la pericia y energía del general Scott, á invadir el territorio nacional.

Fuerza es indicar que cuando más necesario era el estímulo para nuestras tropas, cuando más preciso era que el jefe de la Nación y del ejército encomiara dignamente el patriotismo de la heroica resistencia de Veracruz, poniendo como épico ejemplo el valor de sus defensores, lejos de ello, les inculcó la capitulación como un acto vergonzoso, insultando á los que la firmaron.

Numerosas peripecias desagradables y fatales ocasionó la conducta de Santa Ana, desanimando al ejército y enconando aún más los partidos políticos.

Los errores y la falta de dirección del Jefe supremo prosiguieron precisamente en visperas de un nuevo choque!

Nuestro General en jefe debió haber levantado el moral del Ejército mexicano, á todo trance, en vez de inculparle públicamente, cuando como en Monterrey y en especial en Veracruz, había vertido en abundancia su sangre, batiéndose en lid desigual, sin mengua de honor de sus banderas!

¡Qué contraste ofrece esta conducta antipatriótica y antipolítica, contraria también á los preceptos militares, con la amplia declaración del mismo general Scott, quien afirma, refiriéndose á la actitud de nuestras tropas ante los estragos del bombardeo, la conservación del valor del ejército mexicano, en estas frases recogidas ya por la Historia:

«Somos testigos, y como parte afectada no se nos tachará de parciales, cuando hemos lamentado con

admiración que el heroico comportamiento de la guarnición de Veracruz en la valiente defensa que hizo, fué infamado por el general que acaba de ser derrotado y puesto en vergonzosa fuga por un número muy inferior al de las fuerzas que mandaba en Buenavista; que este general premió á los pronunciados en México, siendo promovedores de la guerra civil, y ultrajó á los que singularmente acababan de distinguirse, resistiendo más allá de lo que podía esperarse, con una decisión admirable!»

Las primeras disposiciones militares de Santa Ana después de la ocupación de aquel puerto, habiendo vuelto la tranquilidad pública en México, tendieron á enviar tropas por el camino de Veracruz, y al efecto, partieron algunas, á las que siguieron los restos del maltrecho ejército que había combatido en la Angostura, y que regresó de San Luis, tras penosísimas jornadas.

El punto de defensa juzgado más á propósito para contener el avance de las columnas americanas, fué en concepto del general presidente, Cerro Gordo, paraje célebre en nuestra historia de la Independencia, por haberse hecho fuertes allí, con éxito, los bravos *insurgentes* mexicanos.

Cerro Gordo ó del «Telégrafo», está situado á siete leguas de Jalapa, al borde de una de las mesas de la Sierra, formando un escalón que asciende de las tierras bajas de la Costa, teniendo á su base Plan del Río, y elevándose hacia el Poniente el terreno, entre lomeríos que, á uno y otro lado del camino nacional, forman una cañada. Á la derecha de los cerros que por este mismo flanco dominan el camino, corre enca-

queado y envuelto; y, por último, en el caso de derrota, la imposibilidad de salvar la artillería y de efectuar una retirada en orden. Opinaba Robles que se fortificara ligeramente á Cerro Gordo, á fin de quebrantar allí un tanto á la fuerza contraria con hostilidades poco formales, y que la batalla le fuera presentada más hacia el interior, en las lomas de Corral Falso, donde tenía vasto campo para obrar nuestra caballería, donde Taylor se vería en necesidad de formar sus columnas de ataque á la vista y sufriendo desde gran distancia el fuego de nuestra artillería; y donde, en último resultado, quedarían aseguradas la retirada de nuestro ejército y la salvación del material de guerra.

Mucho insistió Robles sobre la inconveniencia de sostener una batalla defensiva en Cerro Gordo, á cuya justa actitud se adhirió el general Canalizo; pero Santa Ana, en su fatal orgullo, no queriendo nunca desistir de sus primeras disposiciones, hizo prevalecer la suya, ordenando que al punto se ejecutaran las obras de defensa en la línea que forman las alturas de la derecha del camino de Veracruz y las del Telégrafo y el Atalaya. Y lo peor fué que, el vanidoso general habiendo llegado el 9 de abril á la posición, se fijó muy especialmente en la fortificación de las eminencias de la derecha, que eran las que menos necesitaban ser atrincheradas.

Mientras tanto, las tropas iban llegando, hasta el día 12 en que el ejército quedó acampado en forma tras de su línea de fortificaciones, que se extendió más de un cuarto de legua.

Robles esbozó un parapeto que bordeaba los extremos de los tres ramales que hay al costado derecho del camino, marcando la línea en que pudieran ser de

efecto nuestros fuegos; sobre aquel mismo se instaló una fuerte batería á la falda del cerro del Telégrafo, cubriendo las posiciones de ambos flancos por medio de un camino cubierto. Sobre la cima de aquel cerro, habiéndose talado los árboles que la coronaban, se situó otra batería de cuatro piezas de á 4, sostenida por escasas fuerzas de infantería.

Cerca de 9000 hombres, con cuarenta piezas de artillería y muy pocos trenes improvisados, constituyeron el ejército que iba á resistir al del general Scott, disponiéndose aquéllos, por orden de Santa Ana, en esta forma, según sus mismas partes: en la última posición de la derecha, el *batallón de Atlixco* y *5º de Infantería*, que componían una fuerza de quinientos y tantos hombres con siete piezas de artillería; en el centro de la misma derecha el batallón de la « *Liberdad* » con 400 hombres; y el batallón de Zacapoaxtla con 300, y 8 piezas, habiendo también en la primera de las mismas posiciones 250 nacionales de Jalapa, Coatepec y Teziutlán, con 9 piezas de artillería. El campo llamado de Matamoros, situado en los dos últimos puntos de la derecha y el primero de la misma, fué guarnecido por el batallón de Matamoros y Tepeaca con 450 hombres y una pieza de á 8 con su dotación correspondiente. Apoyando la batería del camino, hallábase el 6º de infantería con 900, sirviéndole también de reserva el batallón de Granaderos con 460. Sobre la izquierda, en la cima del Telégrafo, sosteniendo su batería, sólo hubo 100 hombres del 3º batallón.

El resto del ejército, con excepción de la caballería que permaneció en Corral Falso hasta el 15, se situó como reserva general, á uno y otro lado del camino,

en la ranchería de Cerro Gordo, á retaguardia de la izquierda de la línea de batalla. El Cuartel General acampó á ambos lados de la vía, quedando á su retaguardia parte de la caballería y los Cuerpos Ligeros.

Á tres cuartos de legua de distancia de la derecha de nuestro frente, acampó el enemigo, principiando sus reconocimientos, á tiro de cañón.

El general Santa Ana recorría á caballo todos los días la línea de batalla, ocupándose minuciosamente de los más nimios detalles, en la construcción de las fortificaciones, las barracas para la tropa y las talas de los bosques. Siempre lo caracterizó el defecto de ocuparse él por sí mismo de particularidades militares que absorbían toda su atención, descendiendo á estudios y observaciones que debían estar encomendados á jefes inferiores y no á su alto puesto de general director de la campaña, cuyo plan descuidaba.

Regresaba de aquellas tareas al caer la noche, acompañado de brillante y numeroso Estado Mayor y de selecta comitiva de jefes y amigos particulares que formaban su corte y le adulaban.

Se vanagloriaba ante éstos, dice un testigo de aquellos acontecimientos, de haber detenido la marcha triunfal del enemigo; y, halagado por su fortuna, que abandonándolo un instante el año de 1844, le había vuelto á sonreír desde su llegada á la República en 1846, se entregaba á ilusiones fatales, que originaron quizá sus faltas de previsión. Enteramente fascinado, despreciaba aún la voz de la ciencia, exigía la humillación de los que lo rodeaban, y era inaccesible á la razón. Falto de entereza, también, algunos de nuestros jefes, se limitaban á censurar su conducta en corrillos

sin tener toda la energía necesaria para disuadirlo de sus errores. Nosotros oímos á alguno envanecerse, — agrega el citado testigo — después de que había recorrido nuestra línea por la primera vez, de haber observado defectos importantes en la combinación general de la defensa, que sólo exponía entre sus amigos, pregonando una desgracia inevitable.

El enemigo permanecía acampado frente á nuestras posiciones, sin emprender el ataque tan deseado por nuestro ejército, que se cansaba delante de aquella perspectiva de victoria ó de muerte. Sus sufrimientos hacían más violenta su situación, y aumentaban más y más su ansiedad por el combate.

Habiéndose incorporado el día 15 la caballería, compuesta de los regimientos 5º, 9º, Morelia y Coraceros, y los escuadrones de Jalapa, Húsares, Chalchicomula y Orizaba, el general en jefe hizo que toda ella al mando del general Canalizo, emprendiera un formal reconocimiento sobre la izquierda del enemigo, — pues había una ignorancia punible respecto de la situación y número de sus fuerzas, — debiendo para ello dar un gran rodeo por la espalda de los cerros de nuestra derecha, bajando por la escabrosa y profunda barranca del cerro del Plan; ascendiendo luego á la cumbre de otro cerro, desde donde podría bajar dicha caballería sobre las posiciones de la izquierda, ó de la retaguardia americana.

Esta tentativa fué descabellada é infructuosa: más pudo haber sido peligrosísima, pues á nadie se hubiera ocurrido lanzar una tan respetable masa de caballería por abruptos peñascales, por entre veredas que serpentean casi á pico sobre el abismo, sin haber primero explorado el camino que habría de recorrer.

Así fué que al entrar la noche regresó quebrantada y fatigadísima la caballería y habiendo perdido algunos dragones que con todo y caballo se despeñaron en las precipicios sin haber logrado llegar á las inmediaciones del campamento de Taylor.

El 17, á medio día, notó el jefe de la fuerza establecida en la cima del cerro del Telégrafo, que una considerable columna americana se aproximaba al de la Atalaya. Inmediatamente bajaron algunas secciones nuestras á batirla, en tanto que un batallón se aprontaba á sostener aquel movimiento. Se trabó un combate á fuego nutrido, llegando refuerzos á cada uno de los combatientes, por su parte, generalizándose la acción ante la falda del cerro del Telégrafo. El enemigo concentró sus mayores fuerzas sobre la extrema izquierda mexicana, la que hubiera rebasado si no acudiera inmediatamente á impedirlo el 4° de línea, encarnizándose en la lucha en aquel flanco. Momentos después, otra columna americana avanzó á paso de carga sobre la derecha del cerro, con la intención de envolverlo; pero oportunamente acudió en defensa el 6° de infantería, que formando diéndose en línea desplegada, flanqueó con sus fuegos la columna asaltante que hizo alto y contestó con descargas de sus bravos rifles.

Santa Ana presenciaba desde lo alto del cerro del Telégrafo aquel combate de fusilería animando á las tropas, mientras la batería de la cumbre, bien dirigida, causaba estragos en las lejanas columnas enemigas.

La refriega duró cerca de cuatro horas, con un vario, habiendo logrado avanzar los americanos bastante hacia nuestra izquierda; pero teniendo que ceder luego, lo mismo que las demás columnas, á las primeras posiciones, aunque habiendo logrado la

oportunidad de instalar una batería en el Atalaya que flanqueaba al Telégrafo. Recuérdese que Santa Ana se obstinó tercamente en no fortificar aquel, desgarniendo así su izquierda — que era por donde debía ser atacado y fué envuelto, contra las indicaciones y protestas del jefe de ingenieros.

El inmenso entusiasmo, alegría patriótica causó en todo nuestro ejército aquel triunfo que celebraron jubilosamente las dianas. ¡Y todavía esa noche soñaron todos en una victoria espléndida para el día siguiente!

El plan del general Scott para forzar nuestras posiciones y destruirnos, está concentrado en estas líneas de su parte oficial al Gobierno americano:

«Habiendo yo resuelto, si era posible, flanquear la izquierda del enemigo y atacarle por la retaguardia, mientras amenazaba ó atacaba su frente, mandé que hicieran diariamente reconocimientos, con la mira de hallar sendero ó paso para que una fuerza nuestra desembocara sobre el camino de Jalapa y cortara la retirada.

«El reconocimiento, comenzado por el teniente de retaguard, fué continuado por el capitán Lee, ambos del cuerpo de ingenieros; y se abrió un camino á través de las escarpas y oquedades, fuera de la vista del enemigo, aunque al alcance de sus fuegos luego que nos descubriera; hasta que, llegando á las líneas mexicanas, fué ya posible avanzar en el reconocimiento sin combatir. El deseado punto de desembocadura, ó sea el camino de Jalapa, no pudo, de consiguiente, ser alcanzado, aunque se creyó que ya quedaria á corta y fácil distancia; y para ganar dicho punto vino á ser necesario tomar la altura de Cerro Gordo.»

Véase cómo, mientras Santa Ana se inmobiliza torpemente en una defensiva pasiva absoluta, exasperando sus tropas con la inquietud y angustia del futuro combate contra un enemigo que ha vencido siempre, el general Scott, por el contrario, obra con actividad, no pierde tiempo, observa y tantea á su adversario para saber dónde está más débil, y allí pegarle. Sus exploradores y sus ingenieros le dicen que rodeando las posiciones mexicanas de la izquierda, — lo que es factible — se le puede sorprender por la espalda, tanto más cuanto que el cerro del Telégrafo que domina á la izquierda, apenas está ocupado por un batallón y una batería, y que el cerro de Altalaya que se liga con éste, está abandonado, convidando á los americanos á ocuparlo para apoyar su fácil movimiento envolvente. ¡ Hé aquí que, de antemano estaba ya perdido el ejército de nuestra patria, entregado al Invasor por la impericia del general Santa Ana!



XIII

BATALLA DE CERRO GORDO

Durante la noche del 17, víspera de la batalla, el general Santa Ana ordenó que se reforzara el cerro del Telégrafo, haciendo subir á la cima dos piezas de á 12 y una de 16; pero esta última no llegó sino hasta media falda, mandando á los jefes de ingenieros que concluyeran á toda prisa las fortificaciones más urgentes y más propias para la defensa de la posición.

¡ Muy tarde abría los ojos á la realidad el ofuscado y orgulloso jefe! Si desde un principio hubiese atendido las justas observaciones que le hizo el teniente coronel Hobbes, acerca de la conveniencia de fortificar poderosamente la izquierda, por donde podría ser envuelto el ejército, no hubiera sido tan fácil la Victoria al enemigo. La llave de la posición era indudablemente el cerro del Telégrafo. Tomado éste, las columnas americanas dominarían todo nuestro centro, el camino y las reservas, facilitando la marcha de la fuerza envolvente que iría á caer, sin dificultad, á nuestra retaguardia, cerrando el camino de Jalapa, cerrando al ejército la retirada y sitiando las altas posiciones de la derecha